

El incendio de Granada.

Por José Dolores Gámez

(INÉDITO)

(Concluye.)

En el entretanto se daba cumplimiento en otra parte de la ciudad, a las "órdenes secretas" que fueron comunicadas a los capitanes encargados de la ejecución del incendio. Véase cómo las ejecutaron.

Antes de dar principio a la destrucción de la parte central, cuando las llamas devoraban las humildes chozas de los barrios, se presentó el capitán Dolan en una de aquellas casas de mejor apariencia y notificó a la persona que la ocupaba, que era una señora decente, de que tenía orden del general Walker para quemarle su casa, si no la redimía en el acto dándole quinientos pesos en dinero efectivo. Detrás de él esperaban órdenes los soldados filibusteros, empuñando largas varas, con trapos embreados en vueltos en la punta, destinados a servir de teas incendiarias después de prendidos.

Cuéntase que la infeliz señora cayó de rodillas, implorándole compasión al capitán Dolan, y manifestándole que no tenía quinientos pesos ni medios para adquirirlos. Al mismo tiempo le preguntaba con ansiedad y deshecha en lágrimas por qué motivo la castigaban de aquel modo sin tomar en consideración que su hijo había muerto peleando en Rivas contra los ticos y al lado de Walker. El capitán le contestó que él era un subalterno que cumplía órdenes superiores y que no sabía nada de lo que se le preguntaba. "Sin embargo, agregó— ¿Qué cantidad pudiera U. darme para que le salvara su casa?" Y como la señora le respondiese que cuanto tenía eran únicamente ciento ochenta pesos, que estaba pronta a entregarlos, el capitán los recibió gustoso, aunque previniéndole que buscara veinte más para completar doscientos pesos, suma de la cual no podía rebajar ni un centavo. Salió ella precipitadamente a conseguirlos en el vecindario, y cuando minutos después regresaba gozosa con el saldo que se le exigía para la salvación de su casa, ésta ardía por todos sus lados. Dolan había dicho a sus hombres, inmediatamente que se ausentó la señora: "Bien muchachos: tenemos ya ciento ochenta pesos en manos, que son bastantes para esta casa. Ahora, fuego con ella!" I los trapos embreados fueron encendidos luego y aplicados al techo por diferentes puntos hasta que el incendio tomó cuerpo y se hizo general.

Aquel "divertido engaño" era el resultado de las órdenes secretas, que continuaron cumpliéndose con éxito en la parte central de Granada, arrancando con ellas buenas sumas, de las que se repartieron hermanablemente los camaradas de Walker encargados de aplicar las teas.

Una carta de un militar guatemalteco, que fué publicada en el periódico oficial, refiere que Walker había sacado, antes de irse de Granada, todas las cosas de valor que encontró en las casas, trasladándolas con las familias americanas y los heridos a la isla de Ometepe.

Todo cuanto el fuego alcanzó quedó reducido a cenizas en Granada. Las habitaciones que en un tiempo dieron asilo y protección a una pequeña ciudad, veíanse entonces sin techos y en ruinas, señalando sus paredes ennegrecidas y entre escombros, el lugar en que habían existido antes. Ocho hermosas y monumentales iglesias, la Parroquia, el Calvario de Jalteva, la Merced, San Juan de Dios, San Sebastián, San Francisco, Esqui-

pulas y Guadalupe fueron también destruidas sin misericordia y con previo saqueo; y no contento Henningsen todavía con incendiar la Parroquia, hizo después esfuerzos por arrancar desde sus cimientos, volándola con una mina que pudo tan sólo derribarle la torre del nordeste.

Dícese que el saqueo de las iglesias produjo ocho pesadas cajas, llenas de joyas y metales, que fueron llevadas a bordo del *San Carlos*. Las vestiduras sacerdotales, muchas de ellas muy costosas, fueron robadas unas y quemadas las demás en una gran hoguera de la plaza mayor, entre la vocifería y las danzas grotescas de aquella soldadesca repleta de licor. Bajaron a continuación las 48 campanas de las ocho iglesias y las llevaron también a bordo, para extraerles el oro y la plata que tenían ligados con el bronce; pero las rescataron después los obstarricenses en los últimos días del mes de Diciembre siguiente, cuando se apoderaron de los vapores y las encontraron en éstos.

La noticia del próximo incendio de Granada fué llevada a Masaya por Don Dámaso Souza y tan luego como se supo levantaron el campo los ejércitos aliados y se apresuraron a ir a estorbarlo, aun que no tan de prisa, porque llegaron cuando el incendio se hallaba en su apogeo, el día 24 de noviembre—Como a las tres de la tarde del mismo día, principiaron el ataque por Jalteva, San Francisco y Guadalupe a la vez, ó sea por el Occidente, Norte y Oriente de la ciudad; pero llegaban demasiado tarde.

El general don Tomás Martínez con su columna de veteranos legitimistas fué el primero en presentarse como a las dos de la tarde por el lado del Norte, deteniéndose momentáneamente en el lugar en que hoy se levanta la estación del ferrocarril central, a contemplar lleno de dolor las llamas que envolvían la ciudad cual un manto de fuego. De su contemplación lo apartó la llegada de algunas familias fugitivas, que estaban ocultas en el campo, las cuales le rodearon pidiéndole amparo.

Una hora después bajaba Martínez con su columna a la playa del lago y se detenía como a 600 varas del muelle en que estaban los vapores *San Carlos* y *La Virgen* ocupados en recibir los elementos de guerra que sacaban los filibusteros de la plaza. Fué emplazada en el acto una pieza de artillería de á seis, que llevaba la columna en su tren de guerra; y aunque la distancia era corta y el blanco bastante grande, el cañón no acertó en tres disparos que hizo y dió tiempo a los vapores de levantar sus anclas y ponerse a salvo. Martínez atacó también, en ese mismo día, la iglesia de San Francisco y fué rechazado con pérdidas.

El 25 repitió su ataque a la misma iglesia, aunque cambiando de táctica, porque en lugar de acercarse de frente como lo había hecho la víspera, avanzó por dentro de la línea de casas quemadas vecinas, favoreciéndose con sus paredes de adobes todavía de pie. Los filibusteros que ocupaban la iglesia temieron quedar cortados con la plaza y se reconcentraron en ésta tan pronto como se dieron cuenta del plan de Martínez.

Las demás fuerzas aliadas combatían a la vez por distintos puntos. Estimuladas las tropas nicaraguenses con la brillante toma del Fuertecito, llevada a cabo por las de Guatemala, atacaron de frente la plaza mayor al

amanecer del 27, obligando a los filibusteros a retroceder y a concentrarse en la casa de la Sirena, contigua a la Parroquia. El incendio duraba aún, y el licenciado don Jerónimo Pérez refirió a este propósito lo siguiente:

"El principal fué abandonado, pero en llamas: de la Parroquia salían las columnas de humo del incendio que la devoraban. Entonces el batallón se precipitó a la plaza y casi al mismo tiempo la torre derecha de la iglesia saltó hecha pedazos por una mina de pólvora con la que se calculó causar graves daños a los asaltantes. Por fortuna sólo un caballo murió al golpe de uno de los fragmentos. En este día el capellán, presbítero don Rafael Villavicencio se colmó de gloria como sacerdote y como hombre; entrando solo al incendiado templo y volviendo cargado de alhajas de oro y plata."

De la anterior relación se desprende que la iglesia de la Parroquia no había sido completamente saqueada, puesto que el padre Villavicencio pudo salir cargado de alhajas; pero hay que decir que la riqueza de los templos de Granada era cuantiosa desde el tiempo de la colonia, especialmente la del de la Parroquia, de la cual fué quizá un pequeño resto el que encontró el referido padre.

Por lo que hace a Henningsen, se hallaba tan absorto en su obra de destrucción, que casi fué sorprendido por los aliados. Con dificultad pudo reunir sus dispersas y emborrachadas tropas, que constaban de unos 500 hombres, y oponerse con ellas al avance de los aliados que llegaban en número de tres mil; pero con jefes enteramente divididos y enemistados entre sí, cuyas frecuentes rivalidades no permitían la unidad de acción indispensable en aquellas circunstancias. Henningsen apenas habría podido resistir el ataque bien combinado de aquel enemigo pujante y sediento de venganza; pero debido al motivo indicado, no sólo resistió con bríos por más de medio mes, sino que para burlarse de los aliados continuó a vista de ellos el incendio de la parte oriental de la ciudad en que todavía permanecían ilesos algunos edificios. Embriagado por todas partes y batiéndose en retirada sobre la calle del lago para salir en los vapores del lago que le aguardaban cerca del muelle, pudo Henningsen cuando más estrechado se hallaba, ocupar las ruinas del templo de Guadalupe, que Martínez le abandonó torpemente, pensando que no se detendría en ellas y que continuaría de paso hasta la playa. En aquellas ruinas, protegido por las gruesas paredes de piedra basáltica, todavía de pie, encontró su salvación, soportando con éxito el sitio que continuación le pusieron las fuerzas aliadas. Detrás de aquellas paredes inexpugnables se batió día y noche; aunque le faltaron alimentos y vió diezmados a sus hombres por la epidemia del cólera, pudo sin embargo sostenerse heroicamente diez y ocho días, al cabo de los cuales, en la noche del 12 de Diciembre, llegó Walker en su auxilio con 160 filibusteros, que fueron bastantes para librarlo del ataque centroamericano. Los auxiliares que llevó Walker a Rivas, a bordo de uno de los vapores del lago, desembarcaron en Tepetate y se abrieron campo a través de las líneas de los aliados, que cercaban a Henningsen en Guadalupe, hasta unirse con él que ya contaba entonces con sólo 150 soldados, muchos de ellos enfermos y casi todos debilitados. Ambas tropas, comandadas por el intrépido Henningsen, rompieron de nuevo, en la mañana del día siguiente, el círculo de bayonetas enemigas que las rodeaba, y se embarcaron en el muelle a vista y paciencia de los aliados todavía amedrentados y corridos.

Cuéntase que en la noche en que desembarcó el piquete auxiliar de Walker, llegó Martínez hasta Tepetate a cerrar el paso sobre la playa con su columna de veteranos legitimistas; pero fué rechazado con energía y huyó despavorido por entre los matorrales de la playa, cubiertos entonces de vainas de *pica pica*; cuyos pelillos le cayeron sobre los ojos y le dejaron casi ciego. El caballo que montaba lo condujo al campamento de Jalteva en donde fué asistido con solicitud.

El general don Ramón Beloso, jefe de la división salvadoreña, encargado de cubrir con su columna el camino del lago y muelle, sobre el cual había levantado buenas fortificaciones, se llenó de temor a la vista del auxilio filibustero que entraba a Guadalupe por el lado de Santa Lucía, y pretextando sus desagradados con los jefes guatemaltecos que cubrían otros puntos, abandonó súbitamente su puesto y huyó para Masaya, sembrando a su vez el pánico con las noticias exageradas que espircia del desastre del ejército aliado. Debido a esa cobardía de fuga, Henningsen encontró expedito su camino para llegar al muelle y embarcarse tranquilamente. Momentos antes de hacerlo, dió una última bofetada a sus enemigos, mandando fijar en el asta de una lanza clavada en la plataforma del Fuertecito, una garra de cuero de res, según la versión del filibustero Roche, ó un pedazo de papel según el parte oficial de Martínez, con la siguiente inscripción en tinta negra: **AQUI FUE GRANADA!**

Como centro americano protesto contra cualquier Tratado ó acto, cuya tendencia sea destruir, anular ó manchar la independencia y soberanía de la República de Nicaragua que por el Derecho Internacional y un tácito entendimiento es solidaria y parte integrante de las otras Repúblicas de Centro América.

José León Castillo.

Adolfo Díaz es la antítesis de Benjamín Zeledón: este sacrificó su vida por conservar el honor nacional, y aquel sacrifica ese honor por conservar su ignominioso y mal habido puesto; este llama la atención por sus grandezas y su amor inmenso a la libertad, aquel la llama por sus bajezas y su inclinación estulta a la pasividad del siervo; son los polos de la Historia Patria; la dignidad y el escarnio; la luz y las tinieblas; la altura y el abismo; el gigante y el pigmeo. Todo lo que el segundo tiene de grande y de noble, el primero lo tiene de pequeño y de perverso.

Salvador R. Merlos.

El Gobierno de Nicaragua no tiene vida propia sino es la que le da el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Este recibe constantes súplicas para que no saque a los marinos, confesando que sin su presencia no puede subsistir. Accede a toda petición, se anticipa a los menores deseos del Departamento de Estado y hasta ofrece lo que no se le pide y tal vez ni se desea. En la administración de Taft pudo aceptarse la complicidad de unos pocos nicaraguenses para la realización de sus designios, aunque aplicando de seguro el axioma de Napoleón I: "Aprovecho la traición, pero desprecio a los traidores." Estamos seguros de que el Presidente Wilson, con su severa moral dirá: "Rechazo la traición con tanta energía como desprecio a los traidores."

Policarpo Bonilla.

Detestamos el protectorado porque es una infamia unirle cadenas a un pueblo libre.

Octavio A. Gámez.